

toica, con la mano solia mostrar la diferencia entre la dialéctica y la retórica: pues mostrando el puño ó la mano cerrada, con esta accion indicaba la dialéctica, y con la mano abierta indicaba la retórica. Aristóteles al principio de su retórica dice, que á esta corresponde la dialéctica en lado opuesto, diferenciandose solamente en que la retórica expone las cosas mas difusamente que la dialéctica."

Lo que Aristóteles y Ciceron afirman de la anterioridad del estudio dialéctico al retórico, se conviene claramente por la razon; porque enseñando la dialéctica á discurrir, y la retórica á adornar los discursos, primero es saber discurrir que saber adornar los discursos: y mas fácil es discurrir con exáctitud, como prescribe la dialéctica, que discurrir exáctamente con eloqüencia, como enseña la retórica. El que no sabe discurrir bien, no es retórico, sino un charlatan: y ninguno puede proponer con eloqüencia un buen discurso, si no ha aprendido el Arte de pensar bien. La dialéctica es mas fácil que la retórica; por lo que hay mas dialécticos buenos que retóricos medianos. La dialéctica se contenta con formar la razon, mas la retórica supone formada la razón, y le añade la hermosura de la eloqüencia. "La razon se obscurece ó perturba, como dice Verulamio (1), con la cavilacion de los sofismas que pertenece á la dialéctica; con la hechiceria de las palabras que pertenece á la retórica, ó con la vehemencia de los afectos que pertenece á la ética." Mas porque á la retórica toca desterrar del espíritu humano todas las sombras que obscurecen la luz

(1) Francisci, Baronis de Verulamio, de dignitate, & augmento scientiarum libri IX. Parisiis, 1624. 4. lib. 6. cap. 3. p. 321.

de su razon, para su destierro debe valerse de la dialéctica vestida con la eloqüencia, armada de la ética y de las demas ciencias, cuyo conocimiento es necesario para disipar la preocupacion.

Parece que segun razon y autoridad, la dialéctica se debe estudiar antes que la retórica: y este orden de estudios es conforme al obrar racional y natural del Hombre, en el que primeramente aparece ó sobresale la memoria para aprender las palabras lo que pertenece á la gramática, y algo se contiene en la esfera de las facultades de los animales, pues algunos de estos aprenden palabras y sentencias: despues de la memoria aparece en el Hombre la razon, de que se sirve para usar de las palabras en el discurso vocal; y últimamente la reflexion de la razon perfecta le enseña á ser eloqüente. Con este orden se forma la eloqüencia natural, y con el mismo se perfecciona esta en virtud del estudio retórico. El discurrir con razon en el orden natural, es anterior al discurrir con eloqüencia: y así el arte de la retórica debe enseñar antes á discurrir rectamente, que á discurrir eloqüentemente: por lo que el buen establecimiento del estudio retórico pide, que el candidato antes de hacerlo se instruya en la dialéctica.

Esta, la retórica y la ética son las ciencias que la naturaleza da ó inspira con mayor perfeccion á los hombres; por lo que el arte poco las suple ó perfecciona en aquellos con quienes la naturaleza ha sido avariata escaseandoles sus dones. Se dice comunmente que el poeta nace, y el orador con el arte se hace orador. Este proverbio es preocupacion vulgar segun Buffier (1),
que

(1) Examen des préjugés vulgaires par Buffier. Paris, 1725. 8. §. 10. p. 260.

que para probar su opinion alega y pone algunos razonamientos exáctos de los Escitas y de los Marrocos. Pudiera haber alegado innumerables razonamientos de los Chinos, si hubiera leído los excelentes anales chinos, que con increíble fatiga tradujo del idioma Tártaro-mancheu al frances, y publicó en los años pasados el Jesuita Moyriac de Mailla. En estos voluminosos anales he leído, no sin admiracion, muchísimos discursos que podrian tener justamente lugar en la historia romana de Tito Livio. He advertido tambien con maravilla en dichos anales, que siendo estos obra de escritores que han florecido sucesivamente en el espacio de casi dos mil años, todos ellos están escritos casi con el mismo estilo, y con la misma rectitud de pensar. Esta exáctitud parece no debia hallarse en los anales de una nacion, que no conoce la dialéctica ni la retórica. "De la lógica ó dialéctica, dice Semedo (1), con quien convienen todos los Jesuitas, casi únicos historiadores de la China, no tienen los Chinos otra regla, sino la que les dicta la razon natural. Usan frecuentemente de la retórica; pero no tienen de ella regla alguna: la usan imitando y observando lo bueno que advierten en las composiciones de los otros." El exemplo de la eloqüencia de los chinos nos hace conocer, que nó teniendo ellos artes de retórica, han sido mas felices y eloqüentes que muchas naciones europeas, cuyas bibliotecas abundan de artes de retórica. Los chinos han sido mas eloqüentes que muchas naciones europeas, no por carecer de los artes de retórica que estas tienen, sino porque han care-

(1) Relazione della grande monarchia della Cina, di Alvaro Semedo. Roma, 1543. 4. part. 1. cap. 11. p. 66.

(1) Relazione della grande monarchia della Cina, di Alvaro Semedo. Roma, 1543. 4. part. 1. cap. 11. p. 66.

cido y carecen de los innumerables libros de sofisma y vana especulacion, que inundan las bibliotecas europeas, y son los elementos y las exposiciones de las ciencias mayores, que hasta los últimos años de la juventud se estudian, y despues se practican siempre.

¿De qué la sirve á una nacion tener buenos artes de retórica, y estudiar de memoria sus preceptos, si solamente aprecia los libros escritos sofisticamente contra los preceptos de la retórica. Si estos libros no hubieran existido jamas en Europa, entonces los artes de retórica hubieran tenido su debido buen efecto: mas si tales libros existen y se aprecian, mientras se lean, no se deberá esperar que renazca la eloqüencia. Es menos nociva la falta de artes de retórica, que la existencia de libros sofisticos que no esten totalmente infamados. Los Romanos, entre quienes floreció, y siempre se estimó la eloqüencia, para perfeccionarse en ella tuvieron mejor proporcion que los Griegos, que no cultivaron ni dieron asilo á la metafísica de estos, que viciada poco despues de haber aparecido en Grecia, hubiera corrompido el buen gusto de la eloqüencia en Roma.

Con una especie de digresion, á que me han dado motivo los exemplos alegados, me he alejado algo de la duda propuesta sobre si el poeta nace, y el orador se hace, ó forma con el arte. Esta duda, á mi parecer, se debe resolver diciendo, que el arte tanto hace en el poeta, como en el orador: y que si la naturaleza en uno y otro falta, ú obra con demasiada escasez, el arte poco ó nada hace: para la oratoria se necesitan mas arte, y mayor estudio que para la poesia, porque esta es menos científica que la oratoria. La poesia y la retórica piden igualmente ingenio por naturaleza capaz, y bueno para discurrir; ademas de esto la poesia pide cierta armonia natural y sensible, con que se arreglen el

el número y la consonancia de las palabras, y pide cierta imaginación, con que á estas se den significaciones figuradas, y se pinten como visibles las imágenes de las ideas mentales. La retórica pide suma exactitud y particular sineresis en alegar y enlazar las razones del discurso, cuya eficacia hermosea con la expresión ya natural, y ya algo figurada, tomando de la poesía lo que basta para avivar la fantasía, sin ofuscar la luz clara de la razón. Estas cosas por naturaleza piden la poesía y la retórica, las deben tener el poeta y el orador, é igualmente las deben perfeccionar con el arte, estudiando más el orador que el poeta. Por lo que se deberá decir, que el buen poeta y el buen orador nacen y se forman con el arte, quando por poeta no entendamos un puro vomitador de palabras armónicas y consonantes, y por orador un charlatan: pues en este caso uno y otro nacen. Quintiliano en el capítulo 19. del libro 2. de sus Instituciones oratorias propuso la duda, que en su tiempo se disputaba sobre si para la elocuencia contribuía más el arte que la naturaleza: y á mi parecer la decidió bien, respondiendo que en las personas de mediano talento contribuye más la naturaleza que el arte; y este por lo contrario en las personas de buenos talentos contribuye más que la naturaleza.

La retórica pide á lo menos mediocridad de talentos en quien la ha de estudiar útilmente: si esta mediocridad falta, en lugar del estudio de la retórica se debe continuar el de la dialéctica, que es más fácil y necesaria que la retórica. Por poco talento que tenga un joven, su maestro, (y principalmente su ayo, ó el padre en los discursos familiares) puede iluminar su mente para distinguir la rectitud y el buen orden de las razones y del discurso, y para conocer los vicios más comunes de este. La lección de buenos libros, y el trato civil con personas que discurren rectamente, y ad-

adviertan los defectos del mal raciocinio, son medios eficaces para que el joven de ínfimo talento logre tener una mente dialéctica.

“La retórica, pues, como dice bien Aristóteles empezando á tratar de ella y la dialéctica, son dos ciencias que se corresponden mutuamente, y son sobre cosas que de algun modo se pueden conocer y entender por todos los hombres, por lo que todos estos participan de ellas de alguna manera: todos procuran, como pueden, investigar, raciocinar, defender y acusar: mas unos hacen esto como por acaso, y otros por haber habituado su ánimo á hacerlo.” Estos segundos son los retóricos por arte, sobre el que, para entrar en la duda más importante y útil al presente asunto, se deberá investigar quales son las causas ó medios convenientes para lograr el fin de la retórica, que es la elocuencia, y quales los que más se oponen á este fin. Esta investigación presenta materia para un larguísimo discurso, en que yo no podría empeñarme sin exceder los límites á que debo reducirme en la presente obra. Segun estos, y para hacer no menos breve que útil la dicha investigación, reduciré lo mejor de esta á la siguiente duda.

Ciceron al principio del primer libro de su obra sobre el Orador, duda así: “Observando yo y reflexionando sobre los hombres insignes y de excelente ingenio, parecióme digno de investigar por qué en todas las ciencias ha habido muchos más sabios insignes que en la elocuencia... observense atentamente las ciencias, y los que en ellas han florecido, y se hallará que han sido muchos: y por lo contrario se hallará que siempre ha habido escasez de Oradores.” Esta duda que propone Ciceron, se verifica de todas naciones y de todos tiempos; pues siempre se han admirado muchos hombres insignes en diversas ciencias, y rarísimos han sido, ó son excelentes en la oratoria. “De la causa de

la

la raridad de Oradores, dice Ciceron, dexemos de maravillarnos, porque la eloquencia consta de todas aquellas ciencias, de las quales en cada una sola seria cosa grande trabajar con toda atencion." Esta es la resolucion que Ciceron da á su duda propuesta, la qual resolucion yo solamente aceptaré en caso de deber ser el Orador perfecto, como el mismo Ciceron lo describe en el libro que intituló: *El Orador, á Marco Bruto*. Mas el orador que Ciceron describe en este libro, es un orador que no ha existido ni existirá: es un orador que él se figura: *atque ego, dice, in summo oratore fingendo talem informabo, qualis fortasse nemo fuit: non enim quero, quis fuerit, sed quid sit illud, quo nihil possit esse præstantius*. Ciceron, pues, como consta de estas palabras suyas, en que expone el asunto que trataria en dicho libro, se propone describir la eloquencia posible mas perfecta, ó el Orador mas perfecto. Si en el sentido en que Ciceron habla del Orador, hubiera discurrido Hipócrates del Médico mas perfecto, Euclides y Arquimedes descripto el mejor Matemático posible, y Aristóteles hubiera pintado el Filósofo mas perfecto, se debería resolver que los perfectos Médicos, Matemáticos y Filósofos son tan raros como el perfecto Orador.

Ciceron dudando sobre las causas de la raridad de Oradores, diria bien afirmando que poquíssimos de estos se hallan buenos, al mismo tiempo que en otras ciencias no son pocos ó raros los sabios insignes: y las causas de dicha raridad aunque pueden ser muchas, mas la principal es una sola, la qual consiste en ser raríssimos los sabios que aprenden y se acostumbran á pensar rectamente, y á raciocinar con exáctitud. Esta reflexion, que yo meditando sobre la escasez de Oradores, y observando atentamente las oraciones sagradas que he leído ú oído recitar, habia hecho no pocas veces, la hallo confirmada por el critico Rapin, que di-

dice así (1): "Si se exâminan bien las cosas, se hallará que en el comun uso de la eloquencia del tiempo presente no hay defecto mas esencial, que el del raciocinio que no se tiene cuidado de formar. Esta formacion no se logra tanto con el estudio de la lógica que se estudia en los Colegios, como con la leccion de la retórica de Aristóteles y de buenos libros, que imprime en el espíritu un carácter de exáctitud que de otra manera no se puede adquirir. El criterio justo tal vez es don de la naturaleza; y comunmente se halla con la leccion de buenos libros, de que es necesario tener conocimiento discretivo; pues hay libros que lejos de rectificar la mente, son propios para viciarla y corromperla. Sobre esto es necesario consultar á los sabios, quando no se está en circunstancias de fiarse del propio conocimiento: pocas personas lo tienen; y los jóvenes lo tienen menos que otros, porque la experiencia y el trato no han formado su espíritu. Mas esto sea lo que fuere, se puede decir que la verdadera dialéctica es como el primer talento de la eloquencia; porque ella es la primera que imprime en el espíritu el análisis de las cosas, el qual señala la distincion y el discernimiento de lo que es ó no es esencial, y enseña el método de circunstanciar bien lo que se dice. Estas cosas son un secreto que no se sabe bien sino con la dialéctica. Uno es eloquente desde que es dialéctico, porque en el orden de las cosas sigue el de sus circunstancias. Mas aunque el defecto de dialéctica sea el mas comun en los que hablan en público, no obstante comunmente es el defecto en que mas impunemente se falta: porque solamente lo conocen las per-

(1) Rapin antes citado: reflexions sur l'eloquence: §. II. p. 33.
Tom. III. H

personas críticas, que son pocas. La gente vulgar se hace sensible al discurso exácto, y á lo que es lógica, aunque no la conozca; mas su conocimiento no llega á descubrir lo que es falso en un discurso, ó defectuoso en el orden y en la ilacion de lo propuesto." Hasta aquí Rapin, de cuyas reflexiones la experiencia y la observacion convencen la verdad.

Si analizamos los discursos oratorios que oimos ó leemos, fácil y prontamente conoceremos que al defecto de dialéctica ó de pensar bien, se debe atribuir la escasez de Oradores. Las bibliotecas están llenas de obras de Oradores sagrados; y si las observamos y analizamos, hallaremos que la retórica en ellas falta por defecto de buena dialéctica. El Escritor que tenga este defecto, lo descubre qualquier clase de obras que escriba; pero lo hace mas notable y claramente visible en las obras de eloquencia. En estas se descubre enteramente el carácter de la dialéctica, con que se ha formado la mente del Orador. Aunque hubieran desaparecido todos los innumerables libros elementales de la dialéctica antigua, nosotros fácil y brevemente descubriríamos el carácter de ella, observando y analizando el modo que de pensar especulativo ó sofístico claramente se advierte en las obras de innumerebles Oradores, principalmente sagrados. De muchísimos de estos no sin admiracion y con gran paciencia se pueden oír las oraciones: pues proponiendose ellos probar verdades sagradas ó morales que el auditorio por motivo de autoridad divina, ó por influxo de la razon natural, les concede como ciertas y verdaderas; freqüentemente las prueban con tanta confusion y con tan poca energia, como si fueran asuntos de la menor probabilidad. Esta clase de malos Oradores discurren, no para convencer la mente de sus oyentes, sino para entretenerla con vanas y curiosas especulaciones, que no hacen respetable la Religion, ni facilitan la práctica

de sus máximas. Esta raza espuria y nociva de Oradores pone toda su eloquencia en antilogias de preceptos ó máximas sagradas, en pintar artificiosa y sofisticamente su mayor contrariedad, y en combinar con inútiles especulaciones sus sentidos aparentemente contrarios. Este vicioso modo de pensar advirtió Ciceron hallarse en los que en su tiempo se llamaban sofistas: "estos, dice (1), se proponen no inquietar el ánimo de los oyentes, mas aplacarlo: no persuadirles, mas deleytarlos: y esto hacen mas manifiesta y freqüentemente que nosotros: buscan y eligen mas las sentencias hermosas que las probables: muchas veces abandonan el asunto, entretexen las relaciones fabulosas, invierten las significaciones de las palabras, y las disponen como los pintores hacen con los colores: dan una cosa por otra, y definen oponiendo contrariedades." En estas palabras Ciceron nos pinta la eloquencia, que podemos llamar peripatética, de muchísimos Oradores modernos, que acostumbrados no á pensar bien, mas á filosofar con vanas especulaciones, ponen en estas toda la hermosura y eficacia de la retórica.

Estos Oradores peripatéticos entre otros muchos daños causan el grandísimo de hacer peripatético ó sofisticado el gusto de los oyentes, los cuales no teniendo instruccion ni práctica del pensar rectamente, y estando acostumbrados á deleytar su curiosidad mental con frívolas especulaciones de las oraciones que han oido siempre, tienen por árida ó insulsa la oracion de puro y recto raciocinio. La inútil y curiosa especulacion en los que á ella se acostumbran, causa en el ánimo el mismo efecto que produ-

ce

(1) Cicero, Orator ad M. Brutum. §. 19.

ce la continua leccion de las poesías fantásticas. Esta hace que no se encuentre deleyte en los discursos mas racionales en que no entra la fantasía ó alguna imaginacion sensible: y la costumbre de especular vanamente hace que no agraden los discursos mas racionales, en cuyos pensamientos no se entretexen las contrariedades ideales ó aparentes, y en que no se dificulta de la existencia de los principios naturales de la razon, que se deben suponer como fundamento de todo buen raciocinio.

Es muy difícil que puedan formarse buenos oradores en los países en que el auditorio es de pensar viciado. "Siempre, dice Ciceron (1), la prudencia de los oyentes moderó ó arregló la eloquencia de los Oradores. Todos los que desean agradar, observan la voluntad de los que los oyen, y procuran acomodarse á ella. Así los de Caria, Frixia y Misia, porque eran gente poco limada y elegante, adoptaron un género grasiento de untosa decision conveniente á sus oídos, el qual no aprobaron sus naciones vecinas, como la Rodia: mucho menos la Griega; y la Ateniese refutó totalmente, porque su juzgar fue siempre prudente y sincero; de modo que no podía oír sino cosas puras y elegantes. El Orador servia á su religion, y por esto no se atrevia á decir palabra insolente ni odiosa." Los malos Oradores corrompen en el pueblo el buen gusto de pensar con gran detrimento de sus costumbres en orden á la religion y á la sociedad; y esta corrupcion tarde y difícilmente se remedia. En Italia veo yo practicarse un medio utilísimo para rectificar el pensar del pueblo, y este medio consiste en los muchos charlatanes públicos que el pueblo oye frecuen-

(1) Cicero, Orator ad M. Brutum. §. 8.

temente en plazas, ú otros sitios públicos. Pondré un exemplo de los charlatanes de la famosa y grandísima plaza Navona de esta ciudad de Roma, en que es continuo el mercado con el concurso de toda clase de personas vulgares. En dicha plaza apenas pasa hora del dia en la que no haya algun charlatan refiriendo ó diciendo teatralmente alguna buena relacion histórica ú oracion ética. Usan siempre de la prosa, y comunmente refieren historias ó pasages de excelentes Escritores; y no pocas veces hacen discursos éticos. Estos charlatanes son los comediantes del vulgo, cuyo pensar con oírlos se rectifica mas y mejor que el de las personas civiles con las malas comedias que se suelen representar en los teatros. Si el gusto de la buena prosa se introduce en el pueblo, este con tal medio aprenderá á pensar rectamente, y no se deleytará con discursos vanos.

Si atendemos, pues, á la gran corrupcion que el pueblo tiene en el pensar, los Oradores sagrados no deben fomentarlo con una falsa retórica; y serian verdaderamente reprehensibles los que llevados del interes y por ambicion usasen de una viciosa retórica para enriquecerse y hacerse famosos. Si observamos la clase de ciencias y de libros, en cuyo estudio y leccion se suelen emplear algunos Oradores sagrados, en ella descubriremos un inconveniente invencible para que puedan ser buenos retóricos. Hay Oradores sagrados que no suelen haber estudiado retórica, otros han estudiado una dialéctica sofística ó inútil, y muchísimos no acostumbran á leer otros libros sino aquellos escolásticos, cuyas pruebas, conclusiones y objeciones, están llenas de especulaciones sofísticas, aéreas ó inútiles. ¿Cómo es posible que Oradores que siempre tienen á la vista esta clase de libros, y continuamente piensan, hablan y disputan de su doctrina, puedan dexar de discurrir sobre qualquier asunto con el mismo método,

estilo y raciocinio que se usan en tales libros? Así necesariamente deben discurrir; y se llegan tanto á viciar, que no hallan gusto en leer la clase de mejores libros. A un Teólogo, envejecido en libros escolásticos de inútil especulación, dad á leer la teología del incomparable Petavio, la qual no fácilmente se entenderá como se debe (uso de las palabras de Muratori (1)), y vereis que la leccion de ella le será tan desabrida, como lo muestra la experiencia de los poquisimos teólogos escolásticos que la leen. Oyendo ellos de todos los sabios católicos y acatólicos, y leyendo en todos los libros de estos, que no hay teología mas perfecta ni propia para formar la mente crítica y teóloga que la de Petavio, no se atreverán á censurarla públicamente: mas no por esto la leerán, ni tendrán gusto en leerla.

Sobre la duda propuesta de la causa principal de la raridad de Oradores, concluyamos conociendo y confesando que consiste en la falta de pensar bien, y de discurrir exáctamente. Esta falta proviene en algunos de no haber estudiado una buena dialéctica, y en muchísimos de habitar viciosamente su entendimiento con la leccion de libros vanamente especulativos de Filosofía y Teología.

Discurriendo yo principalmente para instruccion de la clase de Oradores sagrados, en quienes actualmente está depositado casi todo el uso público de la retórica, deberé indicar la segunda causa principalísima de la viciosa eloquencia en todo Orador, y particularmente en el sagrado. Esta causa la descubro claramente en la ignorancia de una ciencia, cuyo conoci-

(1) Delle riflessioni sopra il buon gusto di Lamindo Pritanio, parte 2. Colonia. 1715. 4. cap. 10. p. 141.

miento es esencialmente necesario á todo Orador. No hablo de la ciencia de la doctrina cristiana, porque de esta se puede con facilidad tener conocimiento que baste para formar un Orador. La doctrina cristiana, que es materia de las oraciones públicas, se reduce á pocos preceptos, cuya noticia y conocimiento son fáciles. Hablo, pues, de aquella ciencia que mas hace resaltar á la eloquencia, haciendola eficazísima. Declararé la ciencia de que hablo con las siguientes expresiones de Ciceron en boca del crítico Rapin (1), que habla así: "No hay cosa, dice Ciceron, que sea capaz de hacer mas admirable la eloquencia, que el retrato de las costumbres, y que los movimientos que ella excita por las pasiones que toca: esto (habla ahora Rapin) no se puede lograr sin tener perfecto conocimiento del corazon humano. Este conocimiento debe formar la ciencia sobrenatural del Orador: los retratos que haga de las costumbres ciertamente falsos, no serán falsos de manera alguna, si él conoce el corazon humano.... el poco cuidado que la mayor parte de los Oradores pone en conocer el interior del corazon humano, es comúnmente la causa del poco buen efecto de sus oraciones." La ciencia, pues, que hace conocer el corazon humano, es la Etica. Quando nombro esta ciencia no hablo de la pura Etica que se encuentra en los mejores libros de los paganos, quales son los de Confucio, Platon, Xenofonte, Epitecto, Teofrastes, Aristóteles, Ciceron, Plutarco y Séneca; mas hablo de la Etica refinada con la doctrina cristiana, que la ha sublimado infinitamente sobre todo lo mejor que habia en la Filosofía. Despues en el discurso sobre la Etica se notarán los mejores autores que de ella han escrito.

He

(1) Rapin citado, §. 24. p. 45.

He descubierto claramente y presentado á la vista del lector las dos causas principales de la falsa eloquencia en los retóricos sagrados, que son los Oradores de la Religión, y los primeros y mas importantes en la sociedad civil, de la que el objeto principal y la felicidad mayor consiste en las buenas costumbres de sus miembros, para formación de las quales pueden y deben tener grande influxo los Oradores sagrados. El cuidado de la formación de estos, de la que no debè descuidar ni olvidarse el gobierno público, es propio principalmente de la obligacion y zelo de los Prelados eclesiásticos, los quales por la autoridad de su empleo, y por razon de la particular subordinacion que les deben profesar los Oradores sagrados, pueden conseguir que estos se instruyan bien, y cumplan exáctamente su ministerio evangélico. Pueden y deben los Prelados eclesiásticos obligar al estudio retórico á todas las personas que se han de emplear en la predicación del santo Evangelio; y el estudio no será el que puede ser suficiente para una mediana eloquencia, si no es de dos años. El defecto de buenos Oradores sagrados se suple útilmente con la leccion pública de buenas obras impresas de autores ascéticos y de Oradores evangélicos, ó con la simple explicacion que pueden hacer de la doctrina cristiana las personas de mediano talento é instruccion. Estas en dicha explicacion no deben atrevidamente alegar textos sagrados; pues la experiencia enseña, que la atrevida ignorancia con que se alegan, es causa de la notable alteracion de su sentido, y de la vana especulacion con que se interpretan para combinar reflexiones y circunstancias ridiculas é irracionales. Enseña asimismo la experiencia, que la obligacion de usar por tema un texto sagrado con deseo de decir ó inferir de él cosas nuevas y diferentes de las que abundantemente se hallan escritas sobre el mismo texto, es causa no poco

comun de vanas especulaciones, siendo difícil ó casi imposible inferir nuevas reflexiones sobre una sentencia de que ya se han inferido otras muchas. Para evitar este inconveniente en toda Italia, en donde no poco se cultiva y exercita la eloquencia sagrada, los Oradores sagrados toman siempre por tema en las oraciones panegíricas y morales el texto sagrado, que les parece sin aligacion alguna ni á Evangelios, ni á Epístolas, ni á ningun libro sagrado en particular.

Aunque en las reflexiones que acabo de proponer, he tenido á la vista el carácter del Orador sagrado, todas ellas pueden convenir, y deben aplicarse al Orador en los tribunales; pues en este las causas de la falsa eloquencia son las mismas que se han notado en los malos Oradores sagrados. El defecto de rectitud en el pensar y raciocinar es tan comun en los legistas, como en los peripatéticos: ya porque los comentarios legales, como despues se notará, están llenos de vanas especulaciones, y ya porque los innumerables Abogados que defienden causas injustas, no hacen ni pueden hacer su aparente defensa sin cavilaciones y especulaciones aéreas. La frecuente defensa de tales causas en los tribunales enseña y obliga á los Jueces á ser cavilosamente metafísicos. Tengo alguna práctica de lo que es defensa y juicio de causas litigiosas, como es algo notorio á esta Curia Romana, y confieso ingenuamente que algunas veces he observado, que los Jueces metafisiquean mas que los mas cavilosos peripatéticos. En muchísimas defensas legales los textos de la ley se alegan con la misma alteracion de sentidos con que muchísimos Oradores evangélicos alegan los textos sagrados. Los legistas fácilmente se inclinan á la cavilacion; pues á ella llevan el interes, la práctica de defender con especulaciones causas injustas, y la leccion de intérpretes de la ley, que comunmente abusan de la metafísica. Casi todos los intérpretes legales que